

Panel: “Reescrituras literarias de la Biblia en la poesía argentina del siglo XX”

Adán, Eva y el amor en César Mermet

María Amelia Arancet Ruda
Pontificia Universidad Católica Argentina - Conicet

“No diré que fue un gran poeta porque, en este caso, el epíteto disminuye al sustantivo.
Diré algo más; diré que fue plenamente un poeta.”
Jorge Luis Borges¹

Breve presentación

Siempre con la intención de ampliar el canon de la literatura argentina, veremos brevemente quién fue César Mermet. Nacido el 11 de octubre de 1923, en Malabrigo – Santa Fe- y muerto a temprana edad, a los 54 años, el 13 de junio de 1978, fue un poeta entusiasta y prolífico que no publicó libro alguno. Sí armó uno, premiado en 1951 por el gobierno de la ciudad de Mendoza –donde vivió entre 1949 y 1956-, *La lluvia*; pero en lugar de usar el monto ganado para la publicación, como se suponía, se fue de viaje a Chile, donde permaneció unos meses. Trabajó –como varios otros poetas argentinos- como publicista, guionista de radio y, también, en TV –por entonces en canal 7, el único que había-. El libro fue recién editado al año de su muerte (Rodolfo Alonso, 1979), con prólogo y selección de Félix della Paolera, quien decía reunir "creaciones pertenecientes a su período más representativo, aquel en que su modo de expresarse ya está inequívocamente definido y ha tomado posesión de los recursos formales idóneos que identifican su estilo".

Su “único lector” (Mermet, 2006: 9), como Mermet lo llamaba, fue precisamente Della Paolera, según él mismo cuenta en el prólogo de la sola publicación que puede encontrarse de nuestro poeta, una antología que vio la luz en 2006. Della Paolera relata allí que al día siguiente de la muerte de César recibió de su viuda, Blanca Martínez, por pedido legado del recién fallecido, varias cajas con poemas. Cuenta que

Eran más de dos mil quinientas páginas mecanografiadas e inacabablemente corregidas, con entrelíneas y márgenes manuscritos, flechas que indicaban que las correcciones proseguían al dorso de la hoja, tachaduras, palabras optativas superpuestas, versos intercalados, signos de interrogación que inducían a pensar en una versión provisoria de algunas palabras, fragmentos de poemas cuyo texto, quizá definitivo, aparecía al cabo de diversos borradores. (Mermet, 2006: 7)

Al parecer, fue tal imposibilidad de dejar de retocar su propia obra el motivo por el cual nunca publicó². Pero felizmente, la mentada antología sí fue publicada en 2006, principalmente gracias a quien venimos refiriéndonos -Della Paolera- y al equipo que él armó, gripe necesario ante tan ingente trabajo, integrado por Pedro Mairal, Alejandro Crotto, Enriqueta Racedo y Marcos de Soldati. Yo he tenido acceso al texto completo del poema del que me ocuparé, “Felix culpa”, gracias a Enriqueta Racedo, una querida poeta y amiga.³

¹ De la contratapa de *La lluvia y otros poemas*, editado en 1979.

² A pesar de que, junto con Della Paolera, dos veces seleccionaron poemas y armaron libro; sin embargo, finalmente, Mermet se echaba atrás.

³ En la solapa trasera de esta única antología figura una serie de títulos “para el plan de publicación de las obras completas de César Mermet”, que hasta ahora no se hizo. Estos son: *Nadador del estío* (1941-1956),

“Felix culpa” es un largo poema dividido en ocho partes, que podía haber tenido otros títulos, de acuerdo con la nota que los editores insertan en la antología (Mermet, 2006: 137/138). Dice Mermet no poder dar con la nominación verdadera; entonces ofrece una lista de nada menos que cuarenta y cuatro títulos posibles⁴. En esa suma, diez veces aparecen palabras como “canto”, “cántico” o “cantar”, acto que se lleva a cabo en el poema, al mejor estilo de la enunciación enunciada (Filinich, 1998). De entre los cuarenta y cuatro, elegiremos algunos que resultan más reveladores para nuestra lectura.

El hipotexto fundamental claramente es la parte del *Génesis* que relata la historia de Adán y Eva; más específicamente aun, la porción brevísima en que Eva nace de Adán. En verdad, el extenso poema no hace otra cosa que referir abundantemente en qué manera ella fue hecha de Adán, de qué modo él la soñó cuando Dios lo hizo entrar en sueño profundo, cómo es la Eva que él ve, muy detallada y morosamente, en estos versos. Todo en ocho partes, antes de la caída propiamente dicha, caída que en verdad no aparece en el texto, que sería su pre historia; caída a la que en verdad, en esta apropiación de César Mermet, es Adán quien insta a Eva. En efecto, la parte VII comienza así: “He cumplido en cantarte [...]” entre otras cosas “[...] para que yo crea que tú me pierdes, y no yo mismo” (mimeo: 80).

Cuando la caída es ascenso

En “Felix culpa” hay una narración plagada de descripciones poseedoras de una cualidad altamente sensual, que responden a la “pasión desmesurada” y a la “lucidez incesante” que Hugo Gola (2008) –poeta también santafesino- atribuye a César Mermet. Dos rasgos que concuerdan con algunos de los probables títulos que elegimos mencionar: *Primer canto de amor del hombre*, *Porque amor es caída* y *Fundación del amor* (Mermet, 2006: 138).

El relato genesíaco aquí es tomado en función de darle un origen al amor humano. Quien habla en el texto es Adán; Eva es el objeto creado, primero, y luego, objeto de enamoramiento, y hasta de adoración.

Todo empieza por la ‘pérdida’, esto es que el yo deja de tener algo que tenía, de modo que en esto es fiel al texto original, cuando Dios le quita una costilla: refiere cómo “gran sueño descendió sobre mí para que te soñara” (1963: 66), “Y te sangré de mí, mané de mi potencia tu belleza,/ te lloré por la herida, [...], sangre, dolencia y sueño” (1963: 66). Así, al principio es la ‘falta’, es decir que no está lo que debería estar, y es falta sufriente. Aludiendo metafóricamente a la costilla dice: “[...] de la viviente reja/ de la latente jaula conformada, de un arco de su casco,/ de una cuaderna de su nave reposada [...]” (1963: 66).

El pan (1957-1962), *Maneras de ausencia* (1936-1966), *Malabrigo* (1967), *Callarse la naranja* (1968-1971), *Los tres caballos* (1972-1977) y *Yo no estuve allí* (prosa) (1941-1977).

⁴ Dice la edición de la antología: “Lista de títulos manuscritos al reverso del primer borrador: *Primer canto de amor del hombre* – *Génesis apócrifo* – *Y comience la culpa* – *Y el amor fue hecho* – *Génesis hereje* – *Adán elige la caída* – *Porque amor es caída* – *Antes del primer libro* – *Relato y elogio de Eva* – *Develación de Eva* – *Adán y Eva* – *Palimpsesto del génesis* – *Canto de amor de Adán* – *Canto apócrifo de Adán* – *Primer canto de amor* – *Amor en el Génesis* – *Adán diccit* – *Canto adánico* – *Fundación del amor* – *Invención del Eva/ de la mujer* – *Relación de Adán/ Creación de la mujer/ de Eva* – *Nacimiento de la mujer* – *Cántico para la caída* – *Libro olvidado al Génesis* – *Instauración de la mujer/ de Eva* – *Nominación de Eva* – *Adán canta* – *Cántico de Adán* – *Así cantó Adán* – *Versión de la caída* – *Consagración de Eva* – *Adán asume la caída* – *Aceptación de la caída* – *Cántico de la caída* – *Adán elogia* – *Adán nombra y celebra* – *Celebración de Eva* – *Adán soberbio* – *Primera dicción de Adán* – *Tras nombrar los animales* – *Adán celebra* – *Instauración y elogio de Eva* – *Salmo de la soberbia* – *Soberbia de Adán*” (2006: 138).

Es llamativo que en el planteo de Mermet, sobre todo en la parte I, haya coincidencia con la idea de Françoise Dolto respecto de la imposibilidad masculina de gestar, más que con el postulado freudiano del complejo femenino de castración. En esta primera parte se insiste en el hombre que es madre: “Pero recuérdalo, Varona [...] / que yo te segregué [otra vez la pérdida], que te parí pensándote, [...] la primera madre fue el hombre, quien te canta; Adán, el hombre, fue hembra hasta engendrar a su invención sagrada” (1963: 66); “abdiqué en el sueño/ el principio materno” (1963: 68). Así, delega y renuncia: “queda en ti, para ti, la tarea de gestar y parir, / el destino de la roturación doliente y gozosa” (1963: 67).

En esta parte reitera sintagmas que remiten a la falta: está ‘amputado’, “cercenado, incompleto”, “venidero, abierto”; y alude a “lo que me falta en el costado”, a “la cavada entraña” (1963: 67). De modo que ahora deberá salir a buscar lo que debería estar y no está: “Necesario será reencontrarme conmigo en ti, recuperarme, renacer, / rescatarme, / en el rayo que aniquila y funda [...]” (1963: 67).

En la parte II ya de manera más personal habla de la falta, con cierta connotación de enojo todavía, cuando dice: “tú eras un sueño a mi costado, a mis expensas sueño”, “parasitaria”, “agostadora de mi savia, viviente de mis jugos y enraizada en mi alma” (1963: 68). A lo que se agrega el temor inconsciente y ancestral del hombre de ser cercenado por la mujer en la unión genital: “y tenías ya por entonces voracidad de orquídea tigre, / de prieto, creso y dentado cáliz” (1963: 68).

El “principio materno” del que abdicó, como un rey que cede su corona y con ella su poder, se asocia con el útero, extensamente presentado, y con indicios de veneración:

[...]
 el principio materno, la majestad terrible y la ferocidad noble
 sacra y primera, que todo lo contiene y lo anticipa todo,
 que nutre y amamanta y seduce y domeña, absorbe y gesta;
 la dinámica hueca⁵, el hondo valle, la chorreante gruta, el pozo resonante,
 la casa de intemperie, el centro inmóvil, vertiginoso,
 [...]
 (1963: 68)

Tan venerable, que ella para él es lo imposible de ingresar por los sentidos ordinarios: luces encimadas, intermitentes, súbitamente oscuras, noche que es día y viceversa:

[...]
 relámpago, reverbero, fosforescencia cáustica, galaxia transpirada,
 sudor de tornasol, reflejo, alumbró mi recalada nave,
 nocturna en pleno día, encallada en insondable sueño
 mientras el sol en estridencia ardía.
 [...]
 (1963:69)

Inmediatamente, después de presentar lo extraordinario con que se figurativiza a Eva, se deja en claro que aquel regreso al sí mismo, antes mencionado, ha de perpetrarse mediante la unión de varón y hembra, frente a la cual ya no hay sensación de pérdida ni de resentimiento, sino percepción de la maravilla. El índice clave para señalar la unión es el déctico de espacio, ‘allí’, que repite varias veces:

[...]
 Y allí donde dolor me hacías, allí donde aguda ternura me punzabas,

⁵ La precisa observación de Dolto acerca de que no hay complejo de castración se basa sobre el hecho de que el útero no es vacío, sino un órgano hueco listo para recibir, para dar lugar.

allí donde tu suavidad derivaba mis manos, acariciándome el costado;
 allí donde torcida, redondeada de vientre pero aguda de codos
 me clavabas tu previa enemistad, clavícula enemiga, tus impacientes uñas,
 tallada oposición tan para siempre opuesta

[...]

allí donde congoja gozosa tu cabellera cosquilleaba, tu rodilla aguzaba,
 allí donde tus senos me llenaban de olorosa leche el hálito, las abiertas narices,
 el chasquear de la lengua; pero desde un justo punto a punto de estallido;/
 allí donde sentirte pletórica, expansiva, modelándote, me agitaba el latido
 donde una urgente necesidad de mí me soliviaba en ascuas,

[...]

para verte y mirarte y de frente inaugurararte
 y a frontal falo enclavarte en el ardiente día

[...]

allí donde faltabas, tan excesiva y plena, que tu falta no cabía en mi tamaño,

[...]

...Allí donde cuajabas dulce, doliéndome y faltando
 y gota a gota de semen te agolpabas, desbordante, acopiada,

[...]

allí donde el reclamo de tu amorosa tiranía me encontró vulnerado

[...]

en las inmediaciones frágiles del corazón, allí estallé, te florecí, Varona.

[...]

(1963: 69/70).

A partir de la unión ella es inaugurada como madre:

[...]

Así naciste, madre de venideros hijos, hija mía,
 hija mía muy querida, entrañable Varona;
 te declaré a la luz y tu belleza
 transformó con destello instantáneo la sonriente mañana.

[...]

(1963: 70)

Ya en la parte III, instalado el amor, un significativo sintagma que se reitera y que abre el apartado es “¡Qué importa [...]!”; doy solo un ejemplo: “Qué importa que tu osada, inspirada elección/ nos cueste la placidez sombreada de este eterno mediodía” (1963: 71). Y asimismo se reitera que ella lo hará hombre, así como él la hizo mujer. Y alude a la salida del Paraíso, reconocible en la espada flamígera, pero con un lenguaje que lo revela del todo enamorado:

[...]

Por ti, por ti, [...]

mi apareada, mi par sonriente, boba mía de aguda astucia,
 rondaré en adelante como mendigo soberbio y solapado

[...]

y pasaré el portal de flamígera alerta,
 ante la guardia en llamas y ante la giratoria espada tentadora
 que mide al héroe y cercena al intruso

[...]

Y en el alba del último día antes del Juicio,
 Yo estaré contigo mi Varona, invisible por el abrazo

[...]

y comeremos del árbol de la vida para siempre.

[...]

(1963: 71)

El ego solo de Adán ya está del todo tendido hacia la alteridad de Eva. Como señala Marion “la seguridad nunca puede llegarle al ego de él mismo, sino siempre de otra parte. De donde surge una alteración, y hasta una alteridad radical del ego en sí mismo y originariamente.” (2003: 35): “[...]/ Porque de tal modo soñé, que tu belleza/ es lo más hondo y excelso de mi ánima y del cielo; [...].” (1963: 72) Pero no se trata de un idilio. Adán adelanta que habrán de sufrir mucho dolor (1963: 71); lo sorprendente es que presenta las lágrimas como un bien al que “los dioses” [usa el plural] no acceden; este tipo de cambio de perspectiva de lo negativo en positivo es propio de Mermet. Inclusive no olvida que él debe padecer merma de sí mismo para que ella sea: “Eva mía, [...]/ tal vez engendrarte y plantarte en el espacio del asombro,/ me hace más débil, divide mi energía, mengua mi mediodía.” (1963: 72)

Es la vivencia de esa falta la que lo lleva a moverse, a romper el cerco de su yo. El amor no es justo, como señala también Marion; eso sería un equilibrio inmóvil.

En las partes V y VI se dedica fundamentalmente a dos cosas: a instar en modo Imperativo a que Eva, la varona, avance, camine marche y busque el fruto; y, a la par, a hacer un retrato detenido, pormenorizado y con actitud embelesada de la mujer –lamentablemente, es muy extenso para leer todo ahora, y nos vamos del tema central-.

Retomo uno de los títulos desechados: “Fundación del amor”. De hecho, la consecuencia de la caída –que todavía no ocurre-, del comer del fruto –aún intacto- es el nacimiento del amor:

[...]

Y el abrazo nos será comprensible por vez primera tras de tantas veces,
y en vez de sombra haremos resplandor entonces,
y en lugar de tinieblas abrazaremos soles, vértigo diurno,
visión encandilada, matutina violencia,
sabiduría cegante de la muerte, abrazándonos...

[...]

(1963: 75/76)

La caída es altamente deseable en el poema:

[...]

Anda, Varona, [...]

[...]

Y cumple mi destino, gestiona mi perdición cuanto antes,
inaugura mi gesta, elige lo que elegí soñándote,
oh gracia de mi fuerza, fuerza de mi dulzura,
desgaja el esperado fruto y confirma este prólogo/
y prologa este libro de loco amor.

[...]

(1963: 79/80)

La noción que de la falta, de la carencia nace toda ganancia es casi absurda, en principio. Pero, por cierto, si solo a partir del reconocimiento de la propia necesidad del otro para completarse es que se trasciende, el sentido es redondo. Por eso el gran motor es la ausencia; y solo puede ausentarse, esto es ‘irse’, aquello que en algún momento estuvo presente, al menos de algún modo y parcialmente. Tal la mecánica del deseo, en general.

Conclusiones o cuando la falta es abundancia

Pérdida, falta, carencia, señaladas por el dolor, se convierten en indicadores de la dirección hacia dónde ir. La paradoja 'cuando la falta es abundancia' en este caso se explica, en términos de Marion: "[...] en todos los casos, el ausente siempre está presente, con una alteridad irreductible e indispensable, aun cuando permanezca simplemente como fantasía." (2003: 144) Pareciera que en última instancia lo ausente viene a señalar la senda de lo deseado y pasible de ser alcanzado o completado, al menos tal es la esperanza. Por eso el verso inicial de otro poema de César Mermet, "Maneras de ausencia" (1963), "De lo que me faltas crezco"; poema que en función de "Felix culpa" consideramos como interpretante –esto es, el elemento que da mejor acceso a la semiosis-, condensación semántica y paragrama en sentido generador generador (Kristeva, 1969).

La ausencia termina significando la alteridad que se impone al sujeto (Marion, 2003) y hace viable el amor como motor de avance, razón de existir. Cuando la falta es irreversible e incurable, se hace necesario abrirse camino para ir en busca de la completud. En esta versión de Adán y de Eva que recrea César Mermet, después del amor-caída ya no hay modo de permanecer en el Jardín del Edén, en el estado paradisíaco. Es imperioso salir y empezar a andar, peregrinar por el mundo. En otros términos, la falta que obliga a ir más allá de la comodidad y del sí mismo es el amor. Es la salida hacia la alteridad.

Tal sensación de incompletud conduce a descubrir que falta algo, y que ese algo es otro. Es la "imperfección" de que habla Greimas la que "proyecta desde la insignificancia hacia el sentido" (1987: 95). Solo entonces podemos hablar de ausencia; y, finalmente, leer el otro poema antes aludido, "Maneras de ausencia", que revela más despojado de anécdota el amor como la fuerza que da vida, que moviliza, que sostiene y que sincroniza el universo, del que somos parte. Leo el poema en cuestión, que juzgo una joyita digna de ocupar el tiempo restante:

"Maneras de ausencia"

1 De lo que me faltas crezco,
tu falta me alarga hasta mañana,
del aire de tu ausencia respiro,
del tiempo que me faltas
5 rejuvenezco,
del hambre tranquila de tenerte
me alimento,
tu no estar me acompaña
en la noche y el día
10 como el anillo de largos años
cuyo extravío ciñe el dedo
de desnudez y desconcierto.

De lo que me faltas crezco,
como las ramas hacia la luz,
15 imposible y nutricia.
Tu falta me alarga hasta mañana,
mañana es tu mejor nombre,
la luz futura te arregla los cabellos
y es para encontrarte al día siguiente
20 que consigo anochecer cada día.
Yo enriquezco de tu falta,
qué incontable esperanza

acumulas faltando,
a cada instante
25 es más preciosa tu ausencia
y yo el único que tiene en la mano
el monto entero de tu falta.
Porque ensayé el derroche
por festejarte presente y ausente,
30 desperté mis subsuelos,
encendí minas,
multipliqué cristales,
puse al oro en celo,
ayunté las gemas,
35 me supe inagotable.
Tender a ti, abarcar tu escándalo,
bloquearte las jugadas,
las travesuras y las coreografías,
me hizo espacial, curvo y abierto.
40 Me faltas como el gramo de menos
que pone en marcha el mecanismo,
como la repentina falta
del leve pájaro
pone en marcha el duraznero y cimbra
45 y toda la luz de la mañana parpadea.
Me faltas ahora benignamente
como la lluvia al campo
cuando las primeras gotas comienzan.
Me faltas como el regalo prometido
50 en el gozoso noviciado de la espera.
Me faltas como en la víspera de la fiesta
falta la música a todo el pueblo
y todos viven de la música que les falta,
y los cuchillos y herraduras del herrero
55 ese día se templan con la música de mañana
y tañen, cantan, cortan y galopan felizmente.
Me faltas como la posesión más querida,
como un campo en otra provincia
en la época en que la mies madura,
60 me faltas como una plantación de limones
al otro lado del río,
que amarilla y aroma por detrás del sueño.
Pequeña, clavo de olor, especia del alma,
me faltas necesaria simple y segura
65 como le falta el azafrán al guiso pálido.

Por favor, tú, mi falta,
acentúame el tiempo, oriéntame el espacio,
hazme dinámico y esdrújulo,
lánzame faltándome
70 por sobre el largo día,
ayúdame a vivir desazonándome,
accióname como un dulce desnivel,
como el declive que echa a rodar
el siglo inerte de la piedra,
75 como la diferencia de sensación
entre el tobillo izquierdo y el derecho,

de donde nace la marcha,
y como el otoño adonde fluye
toda la savia del año
80 hasta agolparse en los racimos.

Me gusta que me faltes,
es extraño,
estoy cómodo con mi carencia,
siento que la vida me debe,
85 que la luz siempre paga,
y benévola contemplo la calle
con sensatez y tolerancia,
como un acreedor agrario de buen pasar
y corazón sin agriura
90 dejo que transite en paz el día,
que el tiempo trabaje por mi cuenta,
que las horas se afanen,
que los pájaros vuelen en mis dominios,
que las palomas illustren mi calma,
95 sin reclamar los dominios de mi calma.

Por favor, no dejes de faltarme,
fáltame así de suave,
fáltame suavemente,
yo saboreo tu falta como una mata dulce
100 nacida al borde del agua,
con sabor a transcurso y a promesa
de un gusto a mata dulce,
cumpliéndose sabrosa, interminablemente.

Bibliografía:

- BARTHES, Roland. 1977. *Fragmentos de un discurso amoroso*. Bs.As., Siglo XXI Editores, 1982.
- DOLTO, Françoise. 2000. *o femenino. Artículos y conferencias*. Bs.As., Paidós.
- FILINICH, María Isabel. 1998. *Enunciación*. Bs.As., Eudeba/ Instituto de Lingüística, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. [Enciclopedia semiológica].
- GOLA, Hugo. 2008. "Mermet", en *El poeta y su trabajo/30*, otoño, México, p.59. URL: <http://cesarmermet.blogspot.com.ar/2005/04/mermet.html>
- GREIMAS, Algirdas-Julian. 1987. *De la imperfección*. Presentación, traducción y notas: Raúl Dorra. México, FCE, 1990.
- KRISTEVA, Julia. 1969. *Semiótica I*. Madrid; Fundamentos, 2º ed.: 1981.
- . 1983. *Historias de amor*. México-España-Argentina-Colombia, Siglo XXI Editores, 1987.
- MARION, Jean-Luc. 2003. *El fenómeno erótico. Seis meditaciones*. Trad.: Silvio Mattoni. Bs.As., Ediciones Literales/ El cuenco de plata, 2005.
- MERMET, César. 1966. "Felix culpa" pp. 66/84 (mimeo).
- . 2006. *Antología*. Bs.As. Ciudad de Lectores.